

MEDALLON EXTREMEÑO

Eladia Montesino.

Sus rasgos personales en silueta
quiero trazar en trozos de boceto,
mas es su imagen para mí un secreto;
nunca me la mostró la vida inquieta.

Pero conozco su alma de poeta
reflejada en romance y en cuarteto;
allí, su trazo es ideal, completo,
y su figura espiritual, concreta.

Reclama para fondo su figura
la salita y el cesto de costura;
de sus hijos la loca algarabía...

Alguna vez, su alma, vuela...sube...
y en el borde rosado de una nube
se satura de azul y de poesía...

BAGATELAS

LOS QUE SE TIRAN AL RUEDO

PARA que no sea tan completo el vagar —que la permanencia en Madrid durante este verano me priva de mi cura de mar y necesario descanso— he pensado dedicar a quienes tengan la paciencia de leerme unas bagatelas intrascendentes, que a ellos puedan hacerles menos tediosos los rigores estivales y más llevaderas a mi, las añoranzas de la playa.

Sea la primera divagación esta de título o subtítulo taurino que me sugiere un artículo recientemente leído y que reverdece de seguro cualquier otro de los que por esta época se hallan en cualquier publicación periodística o radiofónica, en sustitución de la manida y trasnochada «Serpiente de mar», recurso veraniego en diarios y publicaciones de antaño.

Raro es el español que, presenciando una corrida o asistiendo a una representación teatral, no se ha dicho para su capote: Esto es facilísimo y yo lo ejecuto tan bien o mejor que ese que está en el escenario o en el redondel. Claro es, que en el último de los supuestos del vanidoso espectador, suele venir el bálsamo de la reflexión que, si bien priva al arte de Cúchares de una de sus brillantes estrellas, ahorra en cambio al soñador un buen golpe de pesetas que hubiera tenido que invertir en árnica, esparadrapos y vendajes. El actor en agraz, si encuentra un hueco se irá deslizando hacia las candilejas día a día hasta que al fin logra, entre anuncios y propagandas, realizar su atrevido pensamiento y cosechar unos aplausos de un grupito de amigos y parientes que ensalzan la *ingente* labor del maravilloso debutante, no del todo convencidos de que *aquello* sea arte ni se le parezca.

En el mejor de los casos —mejor para el osado y peor para los pacientes espectadores—, el improvisado artista de mi ejemplo pasa tres o cuatro años haciendo bolos y mal viviendo para, al cabo, cuando ya casi desilusionado y por razón natural de bajas y exclusiones en su oficio, se llega a soportarlo sin pena. Ponga cada lector aquí el nombre que se le está ocurriendo y que Dios perdone a los organizadores de concursos proveedores de maravillas artísticas. Cuando al correr del tiempo la historia discrimine méritos; y algún crítico publique la biografía de celebridades que ya estarán para él en el pasado, tal vez en un arranque de sinceridad se exprese el biografiado en estos o parecidos términos:

¿Cuáles fueron sus comienzos señora o señor Martínez, en el arte que cultiva con tan relevante brillantez?—Es muy sencillo señor; yo no seguí como hubiera deseado y parecía natural, el camino de un Conservatorio o escuela de declamación en que aprender a decir, a colocarme en escena, accionar, componer el rostro según los sentimientos que debía expresar, según la situación imaginada por el au-

tor; estudié, en cambio, mi propia situación, consideré el precio de las lentejas y demás artículos alimenticios y como el andamio (o el fogón en su caso) no me atraía acudí a un concurso que patrocinó un conocido industrial que necesitaba salir de unas rinconeras que se le añejaban en el almacén: recité una composición poética (¿?) de un muchacho que ya murió —de chófer de camión en el Ministerio del Aire— y me encontré, de la noche a la mañana, estrella dramática, por el voto *desinteresado* de los clientes del ya dicho industrial; recibí una cantidad *en efectivo metálico* y de añadidura un par de medias de cristal. Desde entonces y con alternativas varias, he cultivado el drama, la comedia cómica, el sainete y la revista de espectáculo, para la que indudablemente tengo magníficas condiciones según la unánime crítica reconoce, porque mi voz pastosa se presta mejor que ninguna de las de mis compañeras para los *rumores*: esta última cualidad tan *destacada* debo atribuirle a que yo, no sabiendo ya que hacer, me hice modernista en todos los matices y como me lumo tres paquetes de cigarrillos al día, trasiego todos los wiskis que me pagan y actúo en todos los fines de fiestas que se organizan; mi voz ha adquirido una impostación tan extraña, que un crítico teatral —ya maduro— y que sin duda hizo la reseña de una revista en la que yo tomaba parte, asegura al día siguiente del estreno que «entre todas las voces de las *supervedettes* sobresalía la de «Mardones».

¿Cuál fué el éxito mayor artístico de su vida, señorita?—Realmente, no fué mío sino del director artístico del teatro —respondió la celebridad de mi cuento. Verá Vd: estrenábamos en un teatro veraniego una obra en la que como Vd. sabe y es costumbre moderna, lo más importante era la luminotecnia, el decorado y los efectos de maquinaria y mutaciones: el autor que no se preocupó mucho de pulir el estilo de su obra y que aceptaba mansamente las imposiciones de los que elaboraban las salsas y guarnición para su desmedrado pisto artístico, toleró que en la escena culminante en que se desenlaza y resuelve la tesis teatral que su magín tejió, el director escénico colocara a los personajes del siguiente modo: El actor de carácter, en el arco que forma la chimenea y sobre los morillos, fuma descuidadamente, uno de los hijos monda, sobre la máquina de coser, unas gambas a la plancha, mientras la señora de la casa posa con sus lentes ahumados, en lo alto de la Biblioteca entre una estatua de tono bronceo y el Miura que mató a un celeberrimo torero; un criado toma la orden de la señora colgado de una cortina y yo —dice la actriz a quien se hace el reportaje— me columpio en la araña que pende del techo y tarareo la conocida canción Fandangó Fandangó. Esta presentación lo mismo que los efectos luminosos que eran de una tonalidad grisácea con ribetes azul eléctrico que hacían juego con las vestiduras uniformes de todos los actores, fué idea de un veraneante de Medina de Pomar, que era admirador de Dalí y había visto encantado a su paso por Burgos, en época de Todos los Santos, a la Doña Inés del Tenorio, metida en la Jaula que imaginó el pintor ultramodernista.

Mi éxito personal—continúa la artista interrogada por el crítico —consistió en que cuando todo se vino abajo: la felicidad de los protagonistas por la traición del criado; la sala del teatro a causa de los aplausos del público —invitado en sus dos terceras partes —y las ilusiones del autor que recaudó «de verdad» unas ciento cincuenta pesetas; sólo se mantuvo en equilibrio o colgada de la lámpara simbólica, la señorita Martínez: (que era yo, afirma la interesada) que aguantó impertérrita cuatro subidas del telón entre un murmullo de admiración de parientes, allegados y dependientes del coliseo veraniego.

Así se forman muchos prestigios en esta época de afanes artísticos rápidamente conseguidos y vemos entre gentes que se afanan por cultivar sus aptitudes en la esfera científica, literaria, musical o pictórica, otra serie de madrugadores —los eternos madrugadores— que se empeñan en llegar a la meta de sus aspiraciones sin estudio ni preparación, eligiendo el sistema del empujón como si se tratara de conseguir un sitio en un tranvía o colocarse en un buen puesto para presenciar un partido de *foot ball*. Así podremos escuchar a cualquier locutor o locutora de Radio que el General Martínez de Campos restauró la monarquía española en *segundo*; que la pieza musical que sirvió la emisora al público radioyente era *sobre los techos de París* y que los descuentos de determinada tienda se harían *bajo* la base de adquirir un determinado número de géneros equivalentes a X pesetas; sin considerar que ni el General tenía, ni usó nunca esa D que se colocó de adorno por el locutor, ni Sagunto fué en ninguna época de la historia patria, *segundo*, ni sobre los techos de París, ni de ninguna ciudad, se puede escuchar más armonías que idilios gatunos, ni *bajo* una base se puede construir ni edificar nada si no *sobre* ella. Tuvo pues el radioescucha que adivinar entre este galimatías que el General Don Arsenio Martínez Campos restauró la monarquía en *Sagunto* que la pieza musical escuchada fué *bajo* los techos de París y que las rebajas de tienda eran *sobre* la base, etc. etc...

He aquí los peligros de lanzarse al ruedo y que tienen consecuencias lamentables: la más inmediata la de despistar a las gentes que toman los concursos y a los *speaker* como artículos de fe en cuanto a sus propagandas.

No son estas reflexiones sugeridas por los ardores caniculares —que el vagar agria el carácter y lo predispone a la crítica acerva— si no consideraciones sugeridas por estas improvisadas maravillas que frustran los legítimos anhelos y esfuerzos de los que de veras quieren estudiar y aprender.

Autoridad tan legítima como poco sospechosa, ya que su indiscutible prestigio la coloca fuera del radio de la emulación malsana, como es doña Concha Espina, decía en un artículo notable, como suyo, y que publicó el periódico A. B. C. que de poco tiempo a esta parte había caído sobre el campo de la literatura española y más concretamente sobre la novelística, un verdadero aluvión de cultivadores femeninos, y que el porcentaje de lo aprovechable en

los «productos» de esta invasión no era ciertamente para enorgullecer a las letras patrias. Ello es natural y al propio tiempo lamentable; el mundo a causa de las dificultades del vivir se ha metalizado mucho y es lógico que el afán de las gentes se cifre en procurarse los medios de subsistir. Como la preparación para cualquier actividad cultural o artística es forzosamente lenta, hay que aprender a decir en castellano lo que se piensa; hay que tener unas nociones de preceptiva; hay que pensar un argumento, desarrollarlo y desenlazarlo amena y verosímelmente; hacer en fin con una obra del espíritu lo que un albañil o carpintero con una obra material: nadie intenta fabricar una casa sin tener nociones de albañilería, ni un armario sin conocer la ebanistería y así cuánto albañil y carpintero de las letras encontramos a diario que se lanza al ruedo literario como el golfillo del tendido 8, sin más bagaje que su ambición, como el torero en agraz su blusilla y su valor suicida. Por qué? Sencillamente, por que advierten los Cervantes y los Lopes en agraz que los libros son caros y en cambio olvidan que el autor de un libro es *el que menos cobra* de cuantos intervienen en su nacimiento que si por añadidura es malo, no sólo el atrevido autor pierde dinero y tiempo sino que arruina a todos los que fiaron en su osadía y son inocentes de la mala idea que tuvo el autor del *delito* literario.

En contraste con los afanes de cultura y estudio que paladinamente hay que reconocer para desdicha nuestra hay un número no ciertamente pequeño de sabios, por generación espontánea, que hacen oposiciones diarias al ridículo mendigando tribunas y solicitando colaboraciones y hasta fundando publicaciones totalmente inútiles para el aumento de la cultura patria, cuando no perjudiciales en las que segregan sus simplezas en estilo rebuscado con pretensiones de preciosismo valleinclanesco y se disparan desde una tribuna discursos previamente embotellados, sin finalidad práctica alguna y sólo eficaces para procurarse bombos recíprocos unos infelices que quieren, con ahorro de trabajo mental, lucir lo poquito que saben en lugar de estudiar lo mucho que ignoran.

Como ejemplo irrefragable de cuanto dicho queda, he oído hace poco en una tertulia de *club* a un individuo que dogmatiza más para escucharse que para que le escuchen, pues es sobradamente conocida su pretensión de definir juicios políticos, literarios y científicos que dejarían estupefacto a cualquier persona que no tuviera la mente en perpetua vacación. Se hablaba de celebridades mundiales y el tal *rotundizaba* (frase ahora muy de moda) que las obras de Shakespeare eran tabarrosas al punto de que era necesario modificarlas para darles un aire moderno. Ciertamente el hecho de que ha habido y hay quien se atreve a perpetrar el crimen de modificar obras del dramaturgo inglés y no vacilaría en discutir con Sófocles, Esquilo o Eurípides y *polemizaría* también con Frínico el Ateniese, Thespis de Icaria o Thales de Mileto, pero el hecho de que se cometan crímenes literarios a ciencia y paciencia del público que los soporta como el de que se hagan versiones nuevas de obras musicales sin permiso de sus autores, no autoriza a creer que ello sea lícito.

Ya irá viendo el lector en estas deslabazadas líneas, cómo es infinito el número de los que se arrojan al redondel para ensayar piruetas de payaso, sin conseguir más que enturbiar el horizonte diáfano que en materia de cultura propugnan los que calladamente van hilando el copo de sus investigaciones en bien de la humanidad y para su propio y espiritual recreo.

Pero todo lo dicho hasta aquí no es nada si se compara con lo que acaece con la afición desmesurada a la poesía: raro es el día que no aparecen en periódicos y emisiones radiofónicas varios cultivadores del arte, que cantan en renglones cortos todo aquello que se les pone por delante; y que a semejanza del enciclopédico señor asistente a mi tertulia, que confiesa no haber leído jamás una obra de Valera, de Pereda, Armando Palacio Valdés, ni menos de Calderón, Lope, ni Tirso; pero que padece colitis intelectual producida por las obras norteamericanas de aventuras y policíacas, que diluyen una acción, que se desarrollaría bien en 150 páginas, en 800 y pagan literatura mediocre a 70 y 80 pesetas ejemplar.

Es laudable que mentores bien intencionados, animen y alienten a los aficionados a la poesía a que cultiven este bello arte, y en tal sentido es de aplaudir que reuniones como las *Alforjas de la Poesía* que patrocina Conrado Blanco, incuben y alumbren vates que en el futuro mantengan reverdecidas las glorias hispanas; pero tampoco eso quiere decir que gentes que ni con alforjas ni sin ellas pueden emprender viajes al Parnaso, se embarquen en aventuras fuera de su alcance, olvidando que la poesía es un arte y no un simple oficio y que está sujeto a reglas y normas que no se pueden omitir sin dar de bruces en el ridículo.

Este mal es mayor que los anteriormente relacionados y más grande la tentación de tirarse al ruedo que sienten los atacados de este sarampión poético; y la razón es sencillísima; todos, todos sin excepción somos poetas. Es decir: el sentimiento poético está latente en el alma de todo ser humano que no sea incapaz de sentir la belleza por imbécil o retardado.

Quien al contemplar la inmensidad del mar: la ingente elevación de una montaña, un espléndido valle florido—la Orotava por ejemplo—un cuadro de un pintor notable: escuchar la Novena sinfonía; recrearse con la inocente carita de un niño dormido o simplemente leer los divinos versos de Fray Luis, Víctor Hugo, Galán no sienten su alma inflamada en ardores que trasladaría al papel en versos limpios, sonoros y rotundos, pero... esto que sentimos todos ¿cuántos lo pueden expresar en verdadera poesía? Nos entusiasma y anota la omnipotencia de Dios y al tratar de plasmar en verso ese sublime concepto hemos de dejar caer la pluma porque nos falta el estro, la inspiración para expresarlo. Piensa Zorilla en esa misma omnipotencia y nos dice en dos versos solamente de su poema a Granada

*el orbe, encima de su palma, cabe,
solo El no yerra nunca, solo El, sabe*

No se puede describir mejor ni más brevemente el infinito po-

der del Creador. Como no se puede sentir y hacer sentir la resignación con más justeza que como la siente Gabriel y Galán en un solo verso de su composición *El Ama*

Dios lo ha querido así: bendito sea.

O como Campoamor cuando quiere desasirse de lo terreno y elevarse a la región de las bellas ideas y escribe

*porque tiene en los valles de la luna
su derecho de asilo, el pensamiento.*

Cuando el citado Gabriel y Galán describe un campo sembrado de trigo, que es esperanza hoy y mañana pan de su hogar y dice hablando de las tierras que cultiva y visita sobre su caballo

*las de las castas soledades hondas
las de las tristes lontananzas grises...*

Y finalmente cuando piensa en sus hijos el mismo poeta citado y escribe al final de una notabilísima décima, que es pórtico de sus composiciones

*...quiero dejar de mí en pos
fecunda y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios*

No hay medio más sublime de desear para su descendencia, la reciedumbre de un cuerpo sano y la honradez impoluta de un alma libre de remordimientos, odios y rencores.

Las mujeres en punto a aspiraciones poéticas son mucho más atrevidas que los hombres—y los hay con más valor que Roldán—pues considerándose más sensibles y emotivas, creen no siempre con razón más fácil y hacedero el traducir lo sentido a las cuartillas en forma de renglones cortos. No afirmaré yo que sea la mujer incapaz de tan bella empresa y poetisas muy estimables hemos tenido en España y fuera de España para gloria de las letras: Carolina Coronado, mi ilustre paisana; Gertrudis Gómez de Avellaneda y Rosalía de Castro... y muchas más que no se citan por no alargar demasiado esta divagación: lo que sí afirmo con la seguridad de haberlo oído por mí mismo, es que existen, en número casi infinito, las que sueñan con escalar las cumbres de la fama en esta faceta de las bellas artes y se hallan muchos kilómetros de la ansiada meta. No hace mucho tiempo en una emisión de Radio celebróse una entrevista con una señorita previamente citada para el caso, acerca de la extensión y desarrollo de la afición del sexo bello a las artes poéticas. La entrevistada, con un desparpajo digno de mejor causa, explanó con todo detalle los trabajos, proyectos y logros del empeño emprendido y ya en marcha para facilitar a la mujer el legítimo deseo de colaborar a la empresa cultural poética que era tan propia de su sensibilidad y espíritu delicado, aseguró que existían en Madrid varios centros o círculos donde se reunían señoras y señoritas con el objeto dicho; y a preguntas del locutor aseguró que en el que ella frecuentaba había unas trescientas afiliadas. No te oculto lector, que yo temblé mien-

tras el que realizaba el reportaje manifestó una irrefrenable sorpresa: seguidamente y como natural consecuencia de aquel entusiasmo rogó a la visitante del estudio que se dignara dar una muestra de sus condiciones artísticas; y aquí fué ella. Recitó en un tono altisonante, que el caso no requería, una cosa que no tenía ni fondo ni forma; pensamiento pedestre, versos cojos y resplandeciendo entre tantas desdichas una dosis enorme de buena voluntad. El reportero radiofónico le preguntó con una ironía que la infeliz poetisa no advirtió, si todas sus compañeras habían logrado idénticos progresos, y con una inocencia angelical respondió la interrogada, que naturalmente había muchas principiantes y que ella era la *vicepresidenta* de aquel Ateneo poético. Como ves lector el ruedo literario está lleno de espontáneos y de espontáneas.

Comentaba yo entre mis contertulios el caso que acabas de leer y el mismo simpático consocio que por sus pocos años siente pruritos de dogmatizar, aseguró que es indudable, que «Hay seres dotados de condiciones excepcionales para la poesía». Citó al efecto a un su amigo que se expresaba en verso con idéntica facilidad que nosotros en prosa y como yo le hiciera observar que a mi modesto juicio hacer versos no era precisamente lo mismo que hacer poesía, me replicó. «Así será, pero Vd. no los hace». Ante este reto tan ligero como tocado un tanto de indelicadeza, mi necia vanidad de viejo se sintió herida y confieso que, en lugar de no hacer caso, como era mi obligación, le dije: Ciertamente yo no hago poesía, pero de versos puedo brindarle a Vd. un cajón lleno que he tenido la prudencia de no publicar por si algún día un locutor de Radio o compañero de Club me hace un reportaje. Si Vd. me permite subo a la Biblioteca y le proporcionaré la molestia de leer unos tan malos como cualesquiera otros que lo sean.

Volví al rato y le entregué este soneto que me has de perdonar tú, lector, tú que no has cometido ninguna falta para que yo te castigue ofreciéndote una faena que perpetré *tirándome* yo también a ruedo.

Dice así:

*Yo no juzgo, labor dificultosa
perpetrar una décima o soneto
que en contar y medir, cifra el secreto.
Ser poeta genial, es otra cosa.
Para escribir en verso como en prosa
hay que guardar al público respeto.
Si no se sabe hacer, es lo discreto
hacer del cesto de papeles, fosa.
Yo, ni soy, ni pretendo, ser poeta.
Escribo versos porque así me peta
y no le pongo a tal capricho tasa,
y si alguien de atrevido me censura,
que me enseñe a escribir desde su altura.
Yo soy un vate... «para andar por casa».*

FRANCISCO BELMON